

Hacia una patología del pesimismo nacional



José Félix Tezanos
Director de *Temas*

El pesimismo es posiblemente uno de los peores cánceres de la vida política y económica de nuestro tiempo. Siempre lo ha sido, pero ahora lo estamos constatando de manera muy directa en la forma en la que evoluciona la situación económica y en la desafección que se está produciendo hacia la política.

El efecto Thomas

Los sociólogos solemos referirnos al “efecto Thomas”, o la paradoja de la “profecía que se cumple a sí misma”, cuando una situación social se ve afectada por la percepción (subjetiva) que se tiene sobre dicha situación, aunque inicialmente los datos objetivos indiquen otra cosa. El sociólogo Tomas Merton definió el “efecto Thomas” indicando que “es suficiente que una cosa sea tenida por real (aunque no lo sea) para que produzca los mismos efectos que si fuera real”. De ahí, la importancia que las impresiones y las apreciaciones públicas tienen en la vida política y económica. En su libro *Teoría y Estructura Social*, Merton puso un ejemplo paradigmático de este “efecto” extraído de la vida económica. Basta

—sostenía— que mucha gente tenga una impresión pesimista y negativa sobre un determinado Banco, aunque dicha entidad tenga una situación objetiva perfectamente saneada, y cumpla todos los requisitos de reservas monetarias y demás, para que muchos de sus clientes se precipiten a retirar sus depósitos, acabando por convertir en real lo que inicialmente no era sino una apreciación subjetiva exagerada y errónea, motivada por subjetividades negativas que abocan al pánico.

Estas consideraciones vienen a cuento del tremendo clima de pesimismo que se está generando en torno a la crisis económica actual, con sus consiguientes efectos críticos reduplicativos en la gravedad de la crisis. Con esto no quiero decir, ni mucho menos, que la actual crisis no tenga sus orígenes en elementos objetivos y en las políticas erróneas y contraproducentes que se han seguido hasta ahora. Pero lo que es innegable es que, a partir de una situación dada, los comportamientos políticos han venido conduciendo a una notable amplificación de los efectos de pesimismo y fatalismo que inciden en la crisis.



Depresión económica (y psicológica)

El predominio de determinados enfoques de política económica (incluso en las filas de los partidos socialdemócratas) nos ha situado de entrada en una posición psicológica inadecuada para hacer frente a una crisis como la que se nos ha venido encima. Y ello por dos razones básicas: Por un lado, debido a que la economía (con minúsculas, como actividad) y la Economía (como ciencia, con mayúsculas) han acabado entendiéndose casi como procesos

naturales, al margen de las capacidades —y voluntades— de influencia (sobre todo pública). De esta manera, cualquier criterio de intervención se entiende como un sacrilegio de todo punto contraproducente y aborrecible. A su vez, la dinámica económica ha venido alimentada por una concepción, tan ingenua como disparatada, que prometía un crecimiento económico inacabable e inagotable.

Es curioso que un pensamiento “mágico” de esta naturaleza se haya impuesto como pensamiento oficial consa-

grado. Pero así ha sido, con toda su carga de subjetividades. Y en estos momentos estamos pagando las consecuencias y los efectos inerciales del subjetivismo; ahora orientados en la dirección contraria, merced a mecanismos de compensación alternativos bastante lógicos.

Los subjetivismos de partida no permitieron hacer frente a la crisis a su debido tiempo. No sólo debido a Rodríguez Zapatero, sino a todos los que alentaban dicho planteamiento y se beneficiaban de él a espaldas. Seamos serios y objetivos.

Los ambientes de pesimismo y de negatividad, alimentados al calor de la confrontación política, se han acabado convirtiendo en una de las principales dificultades para salir de la crisis y para mejorar la imagen nacional e internacional de España.

Y cuando la realidad (objetiva) empezó a no coincidir palpablemente con las expectativas (subjetivas), empezó a producirse un clima subjetivo de pesimismo que ha acabado llevándonos a una crisis más profunda de lo que podía haber sido si en su momento se hubiera hecho lo preciso (por parte de todos), para evitar una coincidencia fatal entre depresión económica y depresión psicológica. Ahora, por lo tanto, todo va a resultar mucho más difícil de enmendar, como ya están comprobando en sus carnes el Presidente Rajoy y sus Ministros.

La moneda política del pesimismo

Hace unos años, cuando los líderes más extremistas y agresivos del PP “olieron sangre”, emprendieron una durísima política de erosión y descalificación de todo lo que hacía y explicaba el gobierno de Rodríguez Zapatero. Lo cual, debidamente orquestado por los demagogos comunicacionales de turno, condujo a un notable des- crédito del gobierno, cuya debilidad (política y psicológica) se fue haciendo cada vez más palpable, en unos momentos en los que la situación objetiva de España requería mayor capacidad para suscitar confianza, interna y externa. Pero, como es bien sabido, esto no se logró, y la presión política del PP continuó hurgando a fondo en las heridas, ante la perspectiva inminente de un cambio político.

Pero cuando el cambio de gobierno se produjo, y el Señor Rajoy se instaló en la Moncloa, el daño (objetivo) ya estaba hecho y la desconfianza (subjetiva) se había

arraigado. Lógicamente, la “magia” del nuevo gobierno no apareció por ningún lado. ¿Creyeron realmente algunos en una especie de cambio mágico y repentino?

Lo cierto es que tanto discurso apocalíptico y negativo sobre la situación de la España de Zapatero había terminado calando en las apreciaciones colectivas (internas e internacionales), en una forma bastante inapropiada y contraproducente, que adicionalmente ha venido siendo alimentada *a posteriori* por los nuevos Ministros del PP, en forma de salmodia sistemática –y asustaviejas– sobre la “horrible” herencia recibida del anterior gobierno. ¿Por qué se sorprenden algunos de las reacciones internacionales, diciendo lo que están diciendo un día sí y otro también?

El resultado –fatal para todos– es que ahora se está viendo claramente que algunas críticas (como algunas escopetas) las carga el diablo y al final las estrategias ultranegativas y las monedas políticas del pesimismo terminan pasando facturas tremendas, que a todos nos afectan y nos van a continuar afectando, si no cambian de raíz algunas estrategias alicortas –y suicidas– de confrontación política total.

Los ciclos de pesimismo nacional

Nadie podrá negar, con los datos en la mano, que en el período que va de la Constitución de 1978 al año 2008 en España se produjeron avances espectaculares que, debido a una serie de razones, no hemos sabido capitalizar adecuadamente en imagen internacional y en capacidad para suscitar confianza y capacidad de recuperación puertas adentro de nuestras fronteras. ¡Qué gran ocasión perdida! Por eso el clima político, y psicológico, en la España actual es de un lamentable retorno al “pesimismo nacional”, al tiempo que allende las fronteras vuelven a retornar los clichés de la España negra y arcaica. Obviamente, con claros propósitos interesados.

Mientras tanto, en la España real nos encontramos con una significativa dualidad de percepciones en la que, lógicamente, se nota aún el peso de los avances realizados durante el fructífero ciclo 1978-2008. Esto se nota, por ejemplo, en las Encuestas cuando a los españoles se les pide una valoración sobre la situación económica general de España. La tendencia es que una gran mayoría de encuestados (más de tres cuartas partes y creciendo) manifiestan que la situación es mala o muy mala. Sin embargo, cuando a los mismos encuestados se les pregunta por su situación personal y la de su familia, esta proporción de pesimistas se reduce prácticamente a

una tercera parte. Es decir, hay algo que no cuadra bien en esos datos, ya que debemos suponer que la realidad de España tendría que corresponderse con la de esas familias y personas a las que de hecho parece que no les va tan mal, según ellos mismos indican en las Encuestas.

¿Qué está pasando, entonces? Pues, sencillamente, que las apreciaciones pesimistas (subjetivas) en estos momentos pesan más en las valoraciones políticas, económicas y sociales que las realidades sociales (objetivas y concretas). Y esto se llama “efecto Thomas”. Un efecto que se está notando y se continuará notando, a no ser que seamos capaces de encontrar el procedimiento adecuado para poner coto a tal escisión apreciativa y política. El problema es que cada día que pase sin instrumentar el corte perceptivo que es necesario, la situación se irá haciendo peor y cada vez más personas y familias tenderán a definir también su situación personal en términos negativos, acabando por hacer real lo que ahora algunos piensan (equivocadamente, en parte) que es real. O lo que es lo mismo, el pesimismo inercial —e irresponsablemente propiciado por algunos— de muchos españoles acabará convirtiendo en real (para ellos) lo que ahora piensan que

es real para otros, o para el conjunto de España.

¿Cómo habría que reaccionar ante este problema? Si se lo preguntamos a un psiquiatra o a un psicólogo nos dirá que lo primero es imponer el principio de realidad. Es decir, reconocer el problema y enfrentarnos de cara a dicha realidad. Lo cual no está mal. Pero si se lo preguntamos a un sociólogo o un politólogo riguroso, es posible que nos diga que lo primero es lograr tener líderes serios y responsables que antepongan los intereses generales a sus afanes destructivos orientados a lograr un liderazgo efímero (cada vez más efímero). Si esto no se hace o se logra, al final se terminará imponiendo la realidad tozuda de los hechos. Lo cual no sé si es prácticamente lo mismo, pero más tarde, cuando más familias y personas hayan perdido su trabajo, o hayan visto deteriorado su nivel de vida a causa de una crisis ante la que no se está sabiendo reaccionar debidamente.

De momento, no estaría mal empezar por reconocer la realidad de los hechos, refutando el mal presagio orteguiano cuando sostenía que “lo que nos pasa en realidad a los españoles es que no sabemos lo que nos pasa”. ¿Ahora también? **TEMAS**